

Una crítica desde el nomadismo

Ana María Martínez de la Escalera

No es el nómada sino su condición nómada de posibilidad lo que interesa a esta crítica. El nomadismo es una fuerza colectiva que atraviesa los cuerpos individuales e impulsa al viaje a humanos y a animales, como bien sabe la antropología. La compenetración maquinal, tecnológica y pragmática entre animales y animales humanos resulta responsable de que el cuerpo nómada no sea ni completamente humano ni completamente animal, y que actúe como un rebaño de vivientes, de historias y relatos, de cantos y de baile, de prácticas culinarias y amorosas: en suma, de cuerpos. “Un rebaño” es una justa descripción, pero más lo es, un colectivo. En el tratado intitulado *Caosmosis* Félix Guattari reflexionaba en 1992 sobre lo colectivo e insistía en entenderlo como una multiplicidad desplegándose más allá del individuo, “del lado del *socius*”, y más acá de la persona, “del lado de identidades pre-verbales tributarias de una lógica de los afectos más que de una lógica de conjuntos bien circunscritos”. (*Caosmosis* 32) Cuanto le debe esta lógica de los afectos a Spinoza es posible y también imprescindible suponerlo. Se trata de las relaciones imaginarias con los otros y con uno mismo, de las afecciones tristes y alegres que relacionan a los cuerpos entre sí, y con ellos mismos como otro en demanda de respuesta. Instancia de gobierno de lo imaginario y de la política de ese imaginario. Spinoza actúa en su *Ética* como un verdadero materialista.

Esta colectividad en despliegue es también un “foco mutante de subjetivación”. (32) El nómada es una singularidad en acción, un “desprendimiento de un contenido semiótico”, a la manera dadaísta o surrealista. De ahí que la estética se nos vuelve ese saber del cuerpo cuyas operaciones de sentido precisan a los vocabularios del arte. Ahora bien, el colectivo es nómada en el sentido que su fuerza es des-territorializante, precaria, amenazada por las fuerzas de cooptación que, por ejemplo, los estados generan permanentemente desde sus aparatos. La desterritorialización es la actividad contraria a la del aparato de estado que cierra fronteras y establece cotos de poder. De esa manera su cooptación identitaria es enemiga del vocabulario del nómada, cooptación como la que se muestra en la palabra “indígena” que, en realidad, sólo nombra una abstracción y generalización forzada ejercida por la *colonialidad del poder* (Quijano 46-47), que excluye especificidades de lengua, cultura, relaciones agroecológicas con el medio ambiente, género y relaciones con otros vivientes.

Por cierto, siguiendo con la estética o siguiendo a la estética, ese cuerpo colectivo sabe bailar; en el baile experimenta el estar entre todos, tanto como vive el pasado de las tradiciones, a las que le debe el estar hoy, aunque sea al margen

de lo contemporáneo, tanto como vive el cambio y la diferencia que sabiamente, con astucia, le ha permitido seguir en pie, mutando, diferenciándose de sí mismo. La mutación o alteridad es también goce del estar juntos sólo por estar juntos, como en el baile, en el convite y la comida. Reducidos sus caminos por la modernidad y el colonialismo, los nómadas de hoy luchan por y para seguir vivos. Para nosotros esa vida, esas vidas son el paradigma de la diferencia y la alteridad, del hacerse otra de la sabiduría de la gente y los pueblos, de la invención del mundo humano que lamentablemente hoy vemos disminuida por el salvajismo del capital contemporáneo, que arrasa todo lo que puede. El capital se apropia del imaginario; mientras, la fuerza del nómada se lo arrebató una y otra vez: todas las veces que sea necesario.

Habría que pensar una crítica del nómada que fuera, ella misma, nómada, amiga del sendero, de la estadía breve, de las idas y los regresos siempre diversos, incalculables en sus invenciones y tecnologías. En efecto, el nómada es un técnico, el pensamiento nómada es una tecnología; los individuos nómadas conocen de tecnologías desde siempre: el fuego, la palabra cantada y recitada, la domesticación del niño y del animal para la cabalgata y el sendero.

Singularmente, lo nómada es una modalidad de resistencia entendida de dos maneras:

Como ruptura molecular, imperceptible que 1. “altera la trama dominante de las identidades redundantes”, es decir de aquellas donde no está viva la alteridad (Caosmosis 33), y a la vez, 2. que selecciona segmentos de esas identidades redundantes, dominadas, y les confiere una función a-significante, es decir que les adjunta nuevos contextos y propósitos, y los vuelve fragmentos virulentos, críticos. (33-34) No es la figura del signo la que ofrece fundamento y garantía a la producción del sentido, de ahí lo a-significante de sus semióticas, sino el cuerpo nómada mismo en su andar y sus interacciones.

Así, el nomadismo es por encima de todo una lección de existencia. Y también una lección de crítica:

Habría que cuidarse de los nacionalismos exacerbados sin rechazarlos; estos afanes de reducción nacionalista no le pertenecen a los nómadas sino a los que se dicen sus amigos. Amigos que suelen tomar la palabra por el otro, y así lo callan, lo condenan a la lengua ininteligible. El tema del nacionalismo es importante puesto que los reclamos nacionalistas pueden ser conducidos como identidades redundantes, cerradas sobre sí mismas, fascistas y claramente excluyentes de los otros. La subjetividad nómada debe defenderse, mediante la crítica, de un reduccionismo identitario y a la vez trabajar para subjetividades que puedan “sostener juntos los componentes heterogéneos de un nuevo edificio existencial” (34)

A diferencia del aparato de estado, el nómada se integra en máquinas de guerra. Escribía Guattari a propósito de la máquina que “parece claramente irreductible al aparato de Estado, exterior a su soberanía, previa a su derecho: tiene otro origen. (...) Más bien sería como la multiplicidad pura y sin medida, la manada, irrupción de lo efímero y potencia de la metamorfosis.” (Mil planicies 20) Esta máquina que no está hecha para la guerra sino para el viaje, para irse siempre puesto que: “frente a la medida esgrime un furor, frente a la gravedad una celeridad, frente a lo público un secreto, frente a la soberanía una potencia, frente al aparato una máquina.”

La sociedad del nómada “pone de manifiesto otra justicia, a veces de una crueldad incomprensible, pero a veces también de una piedad desconocida (puesto que deshace los lazos...)” El colectivo nómada “pone de manifiesto otras relaciones con las mujeres, con los animales, puesto que todo lo vive en relaciones de devenir. Devenir y diferencia son las condiciones de posibilidad del nómada y de su pensamiento nómada. Así el guerrero es un devenir como lo es la mujer nómada, ambos a la vez son un devenir animal, imperceptible de parte de los estados y su aparato de poder. El devenir y su diferencia son maneras de superar las dualidades antagónicas. Tiene razón Deleuze cuando sostiene que “la máquina de guerra es de otra especie, de otra naturaleza, de otro origen que el aparato de Estado.” (34) Por ello el nómada no es el enemigo del ciudadano, del habitante del estado, es siempre un otro incognoscible que se nombra a sí mismo como otro, en su propio vocabulario no sólo para la comunicación, sino ante todo para el ritual, para el baile, para la comida, para el caminar. De condición de posibilidad, el nomadismo se convierte una y otra vez en una política en sí misma de la alteridad.

Bibliografía

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mil planicies*. Consulta en línea del 21/04/18, <http://www.teatroelcuervo.com.ar/assets/mil-mesetas.pdf>

Guattari, Félix, *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial, 1996.

Quijano, Aníbal. *Pensamientos y prácticas de(s)coloniales*. Revista Viento Sur, núm. 122, mayo 2012.